

¿Hacia donde va la Teoría Social?

Enrique de la Garza Toledo*

La gran teoría social, entendida como aquella que pretende dar cuenta del origen, funcionamiento y cambio de la sociedad, para diferenciarla de las teorías de alcance medio, que se refieren únicamente a regiones de relaciones sociales, como los problemas urbanos o del trabajo, ha reconocido grandes transformaciones en su historia. Estas grandes transformaciones se relacionan pero no dependen mecánicamente de otras en los niveles de la Economía, la política, la cultura. La última gran transformación coincidió en términos generales con el fin del modelo keynesiano en Economía, del estado interventor, de las regulaciones laborales rígidas, con el inicio del modelo neoliberal y el cambio en el Estado, con la reestructuración productiva. Para otros se ha tratado simplemente con la gran transformación del paso de la modernidad a la postmodernidad, el fin de los grandes proyectos, de los grandes discursos, de los grandes sujetos, el vivir en el presente, en el hedonismo del consumo, en el simulacro (Lyotard, 1989). Pero, sin duda, que algo muy profundo cambió entre fines de los setenta y la década del ochenta en el mundo, aunque la forma de definir lo nuevo haya recibido múltiples denominaciones (Toulmin, 2001). En este ensayo solo trataremos el ámbito de las grandes teorías sociales y en menor medida de la epistemología de las ciencias sociales.

Durante buena parte del siglo XX tres grandes corrientes de teoría social se disputaron el predominio con suertes varias (Alexander, 1989). Por un lado el Marxismo que intentó fusionar su carácter de gran teoría con una epistemología no igualmente desarrollada por el mismo. La corriente principal del marxismo, el marxismo leninismo sistematizado y difundido por la Unión soviética, se unió realmente a la gran corriente estructuralista y en epistemología no rebasó la ingenuidad de Engels acerca de la dialéctica como epistemología y como método. El otro marxismo, menos reconocido e influyente en su tiempo, es el que de alguna manera permanece, el marxismo occidental inaugurado por Luckacs (Luckacs, 1980), pero representado sobre todo por Gramsci (Gramsci, 1975), la

Escuela de Frankfurt (Adorno, 2001), la Historia Social inglesa a la Thompson (1972), la escuela de Budapest (Héller, 1987), etc. Sin desconocer las diferencias a su interior el llamado Marxismo Occidental desde sus orígenes estuvo implicado en la polémica con el estructuralismo y con el positivismo, tratando de desentrañar los enigmas de la relación sujeto-objeto.

Por otro lado, la corriente dominante, que influyó también al marxismo, el estructuralismo presente en casi todas las disciplinas y que con formas particulares las hegemonizó hasta los años setenta (Viet, 1968). Tubo en común la idea de que es la estructura de la sociedad la que se impone al individuo y le determina sus comportamientos y formas de conciencia, que la sociedad posee partes identificables, en relaciones funcionales y mecanismo de restauración del equilibrio cuando se presentan alteraciones en una de sus partes. En esta visión, acciones y formas de dar sentido son subsidiarios de las estructuras en las que se los sujetos se encuentran situados, las estructuras por tanto serían analizables sin recurrir a la acción ni a los procesos de dar sentido (Goldman, 1975).

Finalmente, la corriente más marginada antes de los setenta era la interpretativa, que tenía orígenes filosóficos diferentes a las anteriores, el historicismo alemán (Rose, 1984), la fenomenología (Husserl, 1984), el existencialismo, traducidos a lo social a través de la etnometodología (Garfinkel, 1967), el interaccionismo simbólico (Goffman, 1981) y la fenomenología sociológica (Schutz, 1966), entre otras. En esta corriente se presenta desde su origen el problema de la comprensión del sentido, de la hermenéutica como construcción de significados y los problemas epistemológico, al menos en parte, son abordados desde una perspectiva diferente a las del marxismo y el estructuralismo (Habermas, 1997).

En esta clasificación tan general habría que hacer al menos dos acotaciones: primera que la perspectiva de elección racional quedó casi reducida desde fines del siglo XIX a partir de la gran escisión en las ciencias sociales que relata Elster (1989) al campo de la Economía Neoclásica y con ello su influencia en las otras disciplinas fue menor que las corrientes señaladas en este período. Segundo, que en el plano epistemológico la corriente dominante, el positivismo lógico, se independizó de toda teoría social en particular, a diferencia de sus orígenes con Augusto Comte y pretendió ser la guía de cómo hacer ciencia en general (Habermas, 1980). Esta distancia entre epistemología dominante y teoría social tendrá consecuencias en cuanto a la no estricta sincronía entre las grandes transformaciones en

ambos niveles y en que los términos de las polémicas que ayudaron a poner en crisis a las corrientes dominantes hayan tenido componentes y actores diferentes en lo general. Lo anterior también vale para las relaciones entre epistemología, con metodología de las ciencias sociales y técnicas de investigación, cuya articulación podríamos denominar estilo de investigar y donde las relaciones entre estos tres niveles no son simplemente deducidos a partir del más abstracto epistemológico, sino que es posible encontrar hibridaciones e incoherencias, porque el nivel más concreto, por ejemplo el de las técnicas, resulta de síntesis de mas determinantes que las contenidas en el más abstracto epistemológico, que se llenan a partir de otras perspectivas o del la experiencia práctica de investigación (De la Garza, 1989). En la conformación de los estrilos dominantes juegan un papel fundamental los grandes traductores que vinculan concepciones epistemológicas, tal y como las entendieron, con construcción conceptual, métodos de investigación y técnicas.

Es decir, las grandes transformaciones paradigmáticas en su sentido más acabado pueden incluir cambios en los fundamentos acerca de la relación entre pensamiento y realidad, en los supuestos de las grandes teorías, con su impacto en las de alcance medio, así como en la metodología y las técnicas. A pesar de que estos cambios normalmente no son sincrónicos, que no se producen en franjas de tiempo cortas y que los desfases son frecuentes por las consideraciones ya anotadas, entre los años setenta y ochenta podemos reconocer la crisis y reestructuración de los paradigmas que dominaron casi todo el siglo en las ciencias sociales, representados por la crisis del positivismo y el cuestionamiento de la posibilidad de la demarcación entre ciencia y metafísica, por la crisis del marxismo, especialmente del marxismo leninismo, y la del estructuralismo en todas su formas, a la vez, por el ascenso de las teorías de la elección racional y de las interpretativas (Alexander, 1988) (Alexander, 1995).

Frente a esta gran transformación la naciente Postmodernidad hizo un diagnóstico equivocado de la transición, como el fin de los grandes discursos y no solo la decadencia de algunos de los que fueron más importantes en casi todo el siglo XX, de los grandes sujetos y no solo de la clase obrera, de los grandes proyectos y no solo el del socialismo o el del Estado benefactor y el predominio de la fragmentación (del yo, de la cultura, de los sujetos). En su versión extremista cayó no solo en la desconfianza acerca de la ciencia y su posibilidad sino en general en el agnosticismo (Ricour, 1981). La crítica a la modernidad,

como intento de dominio de la naturaleza y la sociedad por la razón científica, de la idea de progreso y en general de futuro, de la unidad del mundo sujeto a leyes, resumió críticas antigua al positivismo que venían sobre todo de las corrientes hermenéuticas con la crítica a la sociedad de consumo y la manipulación de los medios de comunicación. Es decir, la sociedad moderna se había convertido en la sociedad de la opresión, frente a la cual habría que proclamar un nuevo individualismo, el vivir en el presente, la realidad como simulacro, ver a la ciencia como un discurso más impuesto por relaciones de poder. Pero la versión extremista pronto redujo su influencia frente a la nueva realidad no “postmoderna” del neoliberalismo. Como dice Alexander (1999) a la impresión postmoderna de los ochenta siguió la realidad del Neoliberalismo dotado de un gran discurso, el del hombre racional que actúa individualmente buscando su máximo beneficio en todos los ámbitos de las relaciones sociales, un gran proyecto, el de la sociedad del mercado con la máxima competencia, y grandes sujetos, las corporaciones multinacionales. Por ello, continúa Alexander, “la postmodernidad ha perdido contexto”, la supuesta fragmentación tiende a converger hacia el neoliberalismo, el cosmopolitismo y la multiculturalidad con dominancias (Seidman y Alexander, 2001). La Postmodernidad en estas circunstancias ha tenido que moderar su discurso en una convergencia hacia las nuevas teorías interpretativas y constructivistas que no niegan la pertinencia del conocimiento científico, aunque tampoco plantean la demarcación positivista, intentando dar una fundamentación diferente a la construcción de conocimiento, alejado de la correspondencia en sentido clásico (Resche, 1997).

Por su parte, la emergencia de las nuevas teorías de elección racional ha estado soportada por el predominio Neoliberal en la Economía en su intento por colonizar otras regiones de lo social a través de los mismos supuestos individualistas metodológicos y racionalistas (Coleman y Fararao, 1992). De tiempo atrás esta vertiente había abandonado el supuesto de naturaleza humana egoísta y calculadora para sustituirla por el de actor racional como tipo ideal, no sujeto a la verificación y con funciones puramente metodológicas (Bathes, 1994). Sin embargo, como en su momento criticó Nagel (1984) a Friedman, de supuestos irreales no se pueden inferir conclusiones verdaderas y en plena realidad Neoliberal las teorías de elección racional siguen confundiendo como su matriz Neoclásica el diagnóstico con la normatividad: sí el hombre actuara individualmente, decidiera los cursos de acción a través

del cálculo de la mejor relación costo/beneficio y tuviera la información necesaria, se crearía la sociedad de los eficientes (Simon, 1957). Pero cada uno de los supuestos no solo habían sido criticados de tiempo atrás como irrealistas, sino que otras perspectivas plantearon alternativas: las metas de los miembros de una sociedad no están dadas sino que se construyen; la capacidad de tener información completa y capacidad de cálculo de las opciones es limitada; no están claras siempre las jerarquías entre las opciones; las acciones se realizan por etapas y las opciones dependen de la adoptada en la etapa anterior; hay barreras institucionales a la entrada; influye en los resultados la red social a la que se pertenezca (Becker, 1976; Beckert, 1996). Aunque para el caso específico de la Economía no es fácil plantear la sustitución de la perspectiva del hombre racional puesto que esta disciplina ha acuñado una tradición de traducir motivos y acciones en términos de precios y, como señaló en su momento Marshall (1981), esos motivos de la acción económica pueden ser tan complejos que no sea posible expresarlos en ecuaciones y con ello la Economía perdería lo máspreciado de su tradición que es la capacidad de cálculo.

Las nuevas teorías de sistemas también han tenido un repunte relativo frente a la decadencia del funcionalismo clásico (Moullines, 1986), y se trataría, a contrapelo de la fragmentación Postmoderna, de una teoría que busca la universalidad (Lhumann, 1994), aunque no positivista ni hipotético deductiva. El cambio de la nueva teoría de sistemas con respecto de la antigua es el paso de la definición de la relación de las partes con el todo, como idea de sistema formado de partes en relación y contribuyendo a la integración del todo, a las diferencias del sistema con el entorno y como recrean los sistemas su propia estructura (Lhumann, 1984). Un tipo de sistema serían los socioculturales que intercambian información y aunque en estos sistemas se da gran importancia al sentido, este no está mediado por la intersubjetividad. Dice Lhumann (1993) que los fundamentos del sistema no están en la intención, voluntad o acción, racionalidad o conciencia sino en la comunicación, pero esta comunicación no atribuye el sentido a ningún sujeto, no es el sujeto el que comunica, ni tampoco la comunicación implica un consenso. La teoría de la sociedad no tendría su centro en la elección o la acción porque cada individuo enfrentaría una binariedad en la elección (buena o mala) y la sumatoria sería contingente con infinitas posibilidades (Lhumann, 1996). La autopoiesis substituye al sujeto, el sistema se autoreproduce asimismo. Además, el sistema produce constantemente mayor complejidad

que tiende a desestabilizarlo. En esta medida, el problema central para esta teoría es el gobierno del sistema frente a las sobrecargas de complejidad y de posibilidades electivas, es decir, como neutralizar el excedente de complejidad y las posibilidades de acción, que al decir de Habermas (1981) dan a esta perspectiva una connotación conservadora.

Finalmente, tenemos en el panorama actual las nuevas síntesis entre estructura-subjetividad y acción social que emergen en la gran transformación, de la crítica al estructuralismo y del diálogo con las nuevas y antiguas teorías interpretativas, en especial con las comprensivas del discurso y la nueva hermenéutica, que las acerca en epistemología a las posturas postpositivistas (Alexander, Munich y Smelser, 1987) que niegan la posibilidad de universales y transforman el concepto de objetividad como correspondencia por el de consenso intersubjetivo (Arenas, 1996).

Es decir, en esta perspectiva el problema central es el de las relaciones entre estructuras, subjetividades y acción social, tratando de escapar al reduccionismo estructuralista o al idealismo subjetivista (Ritzer, 1992). En este camino aparece nuevamente el problema del concepto de estructura, del de subjetividad y el de acción. Una asimilación frecuente ha sido la convergencia con el interaccionismo simbólico, de tal forma que la acción se piensa mejor como interacción y además, esta interacción será simbólica ensimisma (Kenneth, 1996). Además, para que haya comprensión mutua de significados en la interacción simbólica esto supone intersubjetividad, pensando que en la interacción no solo se transmiten sino que se producen significados, que eran ideas preexistentes al período actual en las teorías interpretativas (Potter, 1996).

Giddens (1984) es uno de los autores más conocidos dentro de esta perspectiva. Ha realizado un esfuerzo importante por salir de la prisión del estructuralismo y del subjetivismo, cuando plantea que las estructuras existen en las prácticas recurrentes, pero las estructuras no son las prácticas sino las reglas que guían las acciones, los procedimientos metódicos que dirigen a las prácticas. Para este autor el sujeto tiene capacidad de transformar la estructura. Sin embargo, la subjetividad para Giddens tiene un importancia marginal aunque puede aparecer de diversas formas: el monitoreo reflexivo o conciencia discursiva a posteriori de la práctica; la racionalización, semejante a la acción racional; la motivación que obedece a necesidades básicas; y, los motivos inconscientes. Dentro de esta diversidad de formas, sin embargo se impone la idea de que en las prácticas

recurrentes predomina la conciencia práctica o conocimiento práctico que es básicamente inconsciente, es decir, la reflexividad ocupa un papel secundario para explicar las prácticas. Este inconsciente forma parte del sistema de seguridad básico prelingüístico (instinto) para controlar la angustia y dar sentimiento de confianza, pero la represión en el sentido psicoanalítico impediría su expresión como conciencia discursiva. Por esto para Giddens el centro no es el sujeto, sino la práctica. Tampoco lo central es desentrañar el proceso de dar sentido porque las reglas son actuadas inconscientemente en las prácticas recurrentes. Por esto su teoría es subdesarrollada en comparación con otras en el tema de los procesos de dar sentido, no hay propuesta de categorías analíticas para este espacio de la realidad, ni mucho menos interesa verlo como proceso (Cohen, 1996). También presenta problemas su concepto de estructura, reducida a las reglas (y recursos) que guían la acción, que no deja de ser una visión muy institucionalista de la estructura y aunque los hombres pueden cambiar las estructuras, entendidas como reglas, esta transformación se logra como consecuencias no deseadas de la acción, o bien por errores en la interpretación de las reglas, aunque también se reconoce un papel a la innovación. Como dice Margarte Archer (2000), criticando a Giddens, los hombres encontramos al mundo ya estructurado, antes de entrar en acción, como sedimentación de las prácticas de generaciones anteriores, por lo tanto, la estructura no desaparece automáticamente al cesar las prácticas, porque no solo está contenida en las interacciones inmediatas, sino cristalizada en instituciones más amplias que nuestras interacciones, en artefactos, en objetos, en monumentos, y en una cultura. Además, las interacciones recurrentes, no simplemente las acciones, también están sujetas a la reinterpretación y la negociación de significados, de tal forma que no resultan tan inconscientes como Giddens piensa (Habermas, 1985). Quien entra a la estructura tiene que pasar por un proceso de aprendizaje que tiene que ser consciente, quien practica la regla está obligado al monitoreo durante todo el transcurso de la interacción, porque la regla es un método simplificado para reducir la complejidad y poder operar en el mundo y en esta medida tiene múltiples fallas y alteraciones por irrupción de factores no contemplados, ante los cuales tenemos que decidir la alternativa y esta es consciente, al menos en parte. Finalmente, visto socialmente, las reglas formales han sido concebidas por alguien y las informales pueden ser vistas como coagulación de experiencias con reflexión socialmente acuñadas y transmitidas.

Bourdieu (1984) es otro de los más importantes en este intento de salir del objetivismo y del subjetivismo. Su concepto de Habitus es lo más cercano al de subjetividad y es entendido como disposiciones inconscientes para la acción o bien como esquemas básicos de percepción, de pensamiento, o sentido práctico generados por estructuras objetivas. El Habitus nace de las prácticas producidas en determinados campos o redes de relaciones entre agentes e instituciones; es estructurante, nace de las prácticas, organizadas en estructuras, y las origina. Además el Habitus tiene estructura de clasificaciones por oposición, organizadas para cada campo y cada clase social. El Habitus permite tener representaciones sociales, pero la conformación de la acción no sigue el camino de estructuras, Habitus, acción, porque las prácticas reiteradas son inconscientes a la manera de Giddens, la reflexividad a través de representaciones no está excluida pero esta no es la mediación entre estructuras y prácticas porque estas son inconscientes. Por esta razón tampoco para Bourdieu es capital penetrar en el funcionamiento del Habitus, además de que su posible estructura depende en exceso de las estructuras objetivas de los campos, pero en especial, el sujeto pierde libertad frente a estructuras que determinan a la del Habitus. Habitus que opera inconscientemente y sujetos nuevamente dominados por estructuras objetivas de los campos y subjetivas del Habitus (Bourdieu, 1987). Se substituye al agente por el Habitus y no se penetra en el proceso de dar sentido, con ello es difícil afirmar que Bourdieu rebasó la posición estructuralista (Archer, 2000).

Habermas (1979) es uno de los que más importancia da para explicar las prácticas a la comprensión del significado, para este la subjetividad media entre estructuras y acciones sociales y la acción requiere de interpretación. En este camino recupera la noción de interacción simbólica del interaccionismo y penetra en el proceso de dar significado a partir de la teoría de los actos de habla de Austin, por la cual los términos del discurso tienen a la vez un carácter preformativo (sigue reglas de consenso), cognitivo (carácter constataivo) y pragmático (depende del contexto). En general Habermas fue de los primeros, antes de la gran transformación paradigmática, que propuso volver a los fundamentos de la teoría social a partir del análisis de la acción, la interacción y el significado. Al grado de afirmar que en ese triángulo el sentido no es un concepto más de la teoría social sino el CONCEPTO central (Habermas, 1997). Sin embargo, su teoría de la colonización del mundo de vida por el del trabajo, el de la racionalidad con respecto a fines tendería a

colonizar al de la interacción comunicativa, aunque habla de un humanismo de necesidades humanas coartada por el mundo de la razón instrumental, no deja de ser una metáfora desafortunada puesto que el mundo del trabajo es también de interacciones comunicativas, como ha constada la sociología del trabajo de todos los tiempos, y en lugar de seguir el camino de los tipos de acción, como tipos ideales (teleológica, valorativa, dramaturgica, comunicativa), podría haber seguido la vía de pensar la acción social como caleidoscópica con dominancias, es decir, conteniendo siempre interés, valores culturales, emotividad, cognición, estética y poder (Gramsci, 1977).

Las consideraciones anteriores nos llevan a la discusión de los fundamentos de la ciencia social:

1). La acción social.

La elección racional considera las metas dadas, siempre se busca optimizar la relación medios a fines (De la Garza, 1994). Otra perspectiva puede ver a las metas como una construcción social en la que intervienen factores de interés, cognitivos, valorativos, estéticos con formas de razonamiento formal y cotidiano (Heckarthorn, 1997). Una perspectiva así no es compatible con las tipologías ideales de acción, porque estas, reconociendo que puede haber metas diversas, aparecen también como dadas al asumir que uno de los tipos de acción es el pertinente. Por ejemplo, la acción racional con respecto a valores tendría como meta dada el ser fiel a determinado valor cultural. En cambio la visión caleidoscópica de la acción social implica eso mismo para las metas, es decir, no hay acción pura ni metas puras, pero sí predominio mediado de algún tipo. Por ejemplo la acción económica podría tener como dominante el interés, pero sería posible rastrear sus componentes valorativos, cognitivos, emotivos, estéticos y la construcción de la decisión interviniendo formas de razonamiento formales y cotidianos (Parsons, 1967) (Sasy y Lerner, 1992). Relación social caleidoscópica es muy diferente a las propuestas del neoinstitucionalismo y de la sociología económica, que en sus versiones más difundidas implica la ubicación de la acción interesada dentro de reglas o de redes de instituciones o sociales que no alteran las metas, que serían racionales con respecto a fines, sino el curso de la acción acotada por reglas o por redes (Granovetter, 1985, 1992).

La concepción caleidoscópica también va en contra de la idea de pensar la realidad por esferas –económica, política, cultural, etc. Como decía Gramsci la separación por esferas es

puramente analítica (1975a), la relación social es a la vez económica, política, cultural y cambiando el ángulo de análisis puede ser estudiada parcialmente o reintegrada en su totalidad. La relación social puede ser vista como interacción, pero es preferible dejar este concepto para las relaciones sociales más inmediatas, puesto que la relación social puede ser analizada en diversos niveles de abstracción: individuales, grupales, clasistas, de género, étnicas, generacionales, regionales, nacionales, etc., pueden ser inmediatas cara a cara o mediatas e incluso virtuales a través de la red de internet. Toda relación social tiene un componente simbólico pero no se reduce a lo simbólico, puede implicar los gestos del cuerpo, la manipulación de objetos físicos, la movilización de recursos económicos, políticos o culturales (Archer, 2000^a).

La interacción inmediata y simbólica tampoco queda reducida a la interacción discursiva, reservando esta a la comunicación de textos, verbales o escritos, pero hay una semiótica del cuerpo y de los objetos que forman parte de los escenarios de la interacción comunicativa, se comunican sonidos, estructuras sintácticas, sentidos (se hacen descripciones densas o de contenidos comunicativos de significados) (Geertz, 1987). Además, la interacción no es simple transmisión de significados, los significados implican signos, esa interfase entre sonido o imagen con sentidos (Saussure, 1985), que son interpretados echando mano de los códigos acumulados de la cultura, pero ni estos códigos prevén todas las situaciones para dar sentido, ni los sentidos son unívocos (Rorty, 1992). En esta medida la significación presupone un trabajo de construcción permanente de significados, en donde construcción implica selección de códigos, especificación de los sentidos que estos permiten de acuerdo con el contexto, y, sobre todo, la prueba y error en lograr la intersubjetividad (Certeau, 1988).

La interacción simbólica es la base de la estructura social. La práctica, ahora entendida principalmente como interacción, con contenido simbólico, aunque tampoco habría que olvidar a las relaciones del hombre con la naturaleza. Interacción simbólica implica intercambio de símbolos y negociación o imposición de significados para que haya una comprensión mutua. Tal vez se haya exagerado el carácter puramente negociado de los significados –herencia de la separación entre mundo del trabajo y mundo de vida –, pero las imposiciones, recursos para imponer y no solo convencer, son frecuentes en el mundo de la vida (Foucault, 1968). Pero la estructura no se reduce a la interacción ni a las relaciones

en redes sociales. La multiplicidad de interacciones se objetiva (realidades de segundo y tercer órdenes) y se reifica (hombres dominados por abstracciones o abstracciones existentes) en realidades de un orden mayor a la interacción inmediata, las realidades objetivadas también interaccionan entre sí y estas con los sujetos que las originaron. Como dice Archer (1997), hay propiedades objetivadas separables de las interacciones, aunque se originen de estas. Perspectiva que reafirma Shutz (1996) cuando afirma que hay otras estructuras, además del mundo de vida, resultado de la objetivación.

Las rutinas o prácticas reiteradas son a su vez interacciones no solo acciones y en esta medida no son puramente físicas sino intersubjetivas, para ser intersubjetivas tienen que implicar un mínimo de reflexividad, de reconstrucción o verificación de significados, además de las anotaciones que hicimos más arriba acerca del aprendizaje reflexivo, del monitoreo permanente y de verlas como coagulación social de la prueba y el error, de la relación entre presión de las estructuras y resultados reflexivos de las prácticas. Sin embargo, si habría que distinguir entre estas prácticas rutinarias, para solucionar problemas de la reproducción -que siempre implica producción molecular – de las prácticas transformadoras, extraordinarias, que por ser tales solo parcialmente pueden aplicárseles métodos rutinarios, estas prácticas pueden ser vistas como productoras de nuevas estructuras, de nuevas significaciones y de nuevos sujetos, para ellas fue reservado el concepto de praxis, en donde cabe más cabalmente el problema de la relación entre estructuras, subjetividad y acción (Buck-Morse, 1981).

2). El sentido

Dice Habermas que el sentido “no es un concepto básico de la sociología, sino el concepto básico” (1980), junto a la acción diríamos nosotros. Lejos quedaron los tiempos en que subjetividad era atribuido a lo psíquico o a lo mental (Chalmers, 1999), aunque la psicología cognitiva cae nuevamente en esta tentación con su concepto de redes neuronales (Turner, 1992). De tiempo atrás había una línea con Mead, que propuso la diferencia entre yo o significado subjetivo y mi o significado objetivo, Shutz y otros añadieron el concepto de construcción social de significados (Berger y Luckmann, 1966). Shutz propuso diferenciar significado subjetivo o individual del objetivo o socialmente sancionado. Para

este autor, como para Habermas, la mediación entre estructura y acción es subjetiva. Por este camino se pudo ir más allá del psicologismo inicial de la Hermenéutica de Dilthey (Shapiro y Sica, 1984), para el cual las ciencias del espíritu estudiaban el mundo interno del sujeto, específicamente los motivos de la acción, pero el significado objetivo no es el motivo de la acción, es un código o conglomerado de códigos que sirven para establecer significados que a su vez contribuyen para decidir la acción. La etnometodología trató de salvar el problema del psicologismo al proponer conocer no los motivos sino los métodos para comprenderse, es decir las propiedades del razonamiento práctico, que serían sociales, tales como el principio etcétera, dejar pasar, lo ad hoc, o la indexalidad, y hacer el análisis en la interacción conversacional, vista como proceso cuyo resultado final no es estrictamente previsible (Van Dijk, 1997). Para el interaccionismo simbólico el significado estaría embebido en la propia acción, no en la conciencia, también sería social y no porque la conciencia no genere significados, sino porque los socialmente relevantes serían los que se intersubjetivan, los otros pueden permanecer el fondo de la conciencia, además de que esta no sería observable. A diferencia de las anteriores, la fenomenología sociológica de Shutz – diferente de la ontológica de Husserl y de Heidegger- plantearía que lo importante es como se producen los significados en la conciencia, porque la acción sería una acción conciente con significado, aunque los significados se estereotipen a través de tipificaciones y recetas.

Dentro de posiciones aparentemente semejantes surgen problemas capitales. El primero es como salvarse de un estructuralismo de las significaciones (Shaft, 1974), es decir, si las significaciones son socialmente construidas y decantadas, cual el paso necesario para evitar pensar en forma estructural a las significaciones y, segundo, a las relaciones de estas con los sujetos que dan significados concretos a situaciones concretas. El primer problema se puede resolver bajo la concepción de que la cultura como códigos para dar significados acumulados no es sistémica, sino que es heterogénea (Geertz y Clifford, 1991). Es la manera de verla de Gramsci, de Gertz y de Habermas, entre otros. El viraje interpretativo del pensamiento social para Gertz ha consistido precisamente en la adopción de un concepto semiótico de la cultura, el *Linguistic Turn* de Turner (Rorty, 1992), el paso de la lingüística estructural a las teorías interpretativas del discurso. Aunque en Gertz hay una reivindicación de la interpretación con base en significaciones, no deja de haber una

estructura cultural, como estructura de significaciones socialmente aceptadas que guían la acción y la comprensión, que adquieren como en el estructuralismo vida propia como sistema de interacciones de signos interpretables, de tal forma que el hombre como en las antiguas teorías de la cultura entendidas como sistemas de normas y valores estarían regulados por la cultura (Barthes, 1985).

Es decir, la tentación estructuralista campea también en las teorías que reivindican la significación cuando objetivan simplemente esos significados en estructuras transubjetivas que se imponen a los individuos a través de la socialización y son interiorizadas (Piaget, 1968). Pero el camino puede ser otro, el de pensar a la cultura como conglomerados de códigos que pueden ser utilizados por los miembros de una sociedad para dar sentido a las situaciones e interacciones concretas (Benjamín, 2003). Pero esos códigos no darían sentido de uno a uno puesto que resultan de procesos de abstracción del contexto (“no matarás como norma abstracta”) o de experiencias concretas no necesariamente equiparables a nuevas situaciones. En esta medida, frente a códigos transubjetivos, socialmente aceptados los sujetos trabajan con y sobre de ellos creando configuraciones concretas para las situaciones concretas, además de que esta construcción de significados a partir de materia prima preexistente, en buena medida no supondría que aquellos códigos de la cultura están estrictamente organizados en un sistema coherente (Cicourel, 1996). Pueden tener estructuras parciales coherentes junto a otras que no lo son. Regiones activadas frecuentemente en las prácticas rutinarias y estratos fosilizados, parte de la memoria colectiva que solo en situaciones extraordinarias emergen a la superficie de la significación. De tal forma que el hombre no está determinado por la cultura, puede estar canalizado por estructuras parciales de significaciones, así como por estructuras no significativas pero siempre hay la posibilidad de que el *trabajo subjetivo* permita en ciertas condiciones acuñar otros significados diferentes de los rutinarios. Es decir la subjetividad habría que entenderla como ese proceso de dar significado los sujetos sociales a las situaciones concretas y diferenciarlo así de cultura, a pesar de sus relaciones (Cuche, 1996). Habría que agregar que en una sociedad puede haber competencias significativas, es decir, códigos antagónicos para dar significados, resultantes de grupos sociales con experiencias diversas, aunque la dominancia también estar presente (Foucault, 1976) .

El proceso de construcción de significados pone en juego la conciencia sin negar los impactos de lo no conciente, de tal forma que al negar el automatismo de la acción no queda sino aceptar que una parte del proceso que lleva a la acción social aparece primero en la conciencia como intención (Denté, 1991) y con ello la primera fase es la construcción de la decisión que pone en juego códigos acumulados en la cultura pero que implica un trabajo subjetivo para dar sentido concreto. Pero el self (Goff, 1980) que construye significados no está solo en el mundo, sino que entra en interacción con otros sujetos y en esta relación social puede imponer, negociar o subordinarse, esto puede ser resultado del convencimiento o de la fuerza, es decir actuar en contra de sus convicciones también es posible. Además, la relación entre signo, como interfase entre percepción y significado, está sujeta a la interpretación y esta no es unívoca, puede implicar hipótesis como mediadoras, supuestos y prueba y error en la interacción, como parte del proceso de comprensión. Como la interacción es un proceso, por tanto, la comprensión de los sentidos también se van reconstruyendo en la propia interacción. Es decir, este proceso de asignación de sentidos empieza en la conciencia pero se continua a partir de los signos que se generan en la interacción, en otras palabras el significado está en la conciencia y en la interacción, de la interacción vuelve a la conciencia y genera práctica. Es un proceso de interpretaciones tentativas, negociado o impuesto, con reinterpretaciones continuas (Delgado, 1995).

La construcción social de los significados es diferente de la de la psicología cognitiva y su noción de redes neuronales, aunque estas cambien conforme a la experiencia no deja de ser una concepción finalmente biologicista del significado, reducida a las estructuras de hipotéticas redes neuronales. La construcción de una configuración, de conjuntos textual, entendida como red de códigos de diversas zonas (cognitivas, valorativas, estética, emotiva) que para su organización implica la utilización de formas de razonamiento cotidiano. En forma todavía elemental estas fueron propuestas por las ciencias interpretativas: recetas para realizar la acción, tipificaciones para clasificar los objetos del mundo, principio etcétera, indexalidad o dependencia del significado del contexto, analogías, metáforas, metonimia, hipergeneralizaciones, recursos retóricos (Perelman y Olbretchs, 1989). Porque el proceso de dar sentido no tiene una intención puramente cognitiva o interpretativa, receptiva o pasiva, sino que es también activa en el sentido de construir signos para que sean interpretados por el otro de determinada manera y así influir, imponer o negociar

mejor. Es decir, la retórica es parte de este proceso (Pulakos, 1999). Pero la recombinación de códigos para dar significado o para construir signos y así inducir esos significados no es un simple proceso de decodificación, ni mucho menos de estructuras de códigos preexistentes para cada situación concreta, implica un trabajo subjetivo de formación de configuraciones de códigos, estas configuraciones pueden operar de manera pseudoinferencial, es decir, los conjuntos textuales hacen las veces de premisas que a través de formas de razonamiento cotidiano o bien formal permitan llegar a la conclusión del significado o bien de la acción, donde una parte de los insumos serían signos emitidos por el otro en la interacción, esos signos no solo provienen de sujetos directamente sino también de objetos físicos, estructuras de segundo o tercer orden, imágenes del pasado o utopías de futuro (De la Garza, 2001b).

Las configuraciones subjetivas, como redes de códigos pueden aceptar la polisemia indexal, el mimetismo, la asimilación molecular de nuevos o en conglomerados en experiencias extraordinarias, el reenganche y la rejerarquización de sus estructuras parciales, ser de niveles específicos o ambiguos, propios de una clase o grupo social o nacionales o globales y en esta medida no forman sistemas, a lo más tienen estructuras parciales y hay competencia significativa, aunque también dominancias (De la Garza, 2001). Una configuración subjetiva no es un sistema, es una red de códigos con relaciones duras –causales, funcionales o deductivas – junto a laxas a través de operaciones de la lógica del sentido común y que reconoce contradicciones, discontinuidades, disfuncionalidades.

La posibilidad del análisis de los significados y del proceso de construcción de los mismos es la objetivación y reificación, la del significado objetivo, pero también la del análisis de la conciencia y las representaciones colectivas (Vovelle, 1987). Las ciencias sociales interpretativas han acuñado muchos conceptos para referirse a esta posibilidad, que sin ser equivalentes y sin escapar siempre del estructuralismo en las significaciones tratan de dar cuenta de la posibilidad del análisis de el proceso de dar sentido: estructuras del pensamiento (Chartier, 1999)), Mentalidades (Van Dijk, 1998), representaciones sociales (Dubet, 1989).

3). Estructuras

Ya hemos mencionado las limitaciones de ver a las estructuras, primero como reglas, unidas o no a la acción y, por otro lado, como la infinita red de relaciones sociales (Granovetter, 2001). La objetivación y reificación de estas redes permite hablar de estructuras de varios órdenes o niveles de abstracción (Baskar, 1998). Todas ellas tienen su origen en la interacción, pero a través de su objetivación aparecen como realidades con vida propia, en relación pero que no aceptan su reducción a las interacciones individuales, mucho menos a las reglas. La relación entre estructuras y sujetos en cuanto a sus prácticas y formas de dar sentido no es de determinación, sino que las estructuras acondicionan, presionan, canalizan, limitan pero no determinan, el sujeto conserva un margen de libertad en la coyuntura, entendida como espacio de posibilidades para la acción o para la creación de significaciones (Williams, 1994). Estas estructuras no todas son simbólicas, pueden ser objetos materiales, tampoco son todas de experiencia inmediata y el hombre puede no tener conciencia de todo aquello que lo afecta en sus cursos de acción. Las estructuras inmediatas pueden ser las de interacción o redes sociales (Della Giusta, 2001), pero también implican reglas que vienen de la cultura objetivada, que no existen solo cuando la acción se produce, sino que preexisten al sujeto concreto y que son resultado de objetivaciones de generaciones anteriores. Estas reglas pueden ser informales o implicar instituciones – iglesia, Estado, sindicato- que inducen, vigilan y sancionan su cumplimiento, que suponen códigos de conducta, de procedimientos y de sanciones, también organización y personal (Granovetter y Swedberg, 2001). Pero las estructuras también pueden ser productos materiales de los sujetos, la estructura urbana de una ciudad no solo son los ciudadanos que se movilizan en ese territorio, sino la de sus calles y avenidas, que canalizan ciertos tipos de acción. Los objetos materiales pueden tener diversos significados y como monumentos presionar a la acción social. Pero puede haber estructuras que escapan a la experiencia directa de los sujetos, porque son resultados de objetivaciones de gran amplitud espacial y temporal. De estas estructuras los hombres concretos pueden percatarse o no, e igualmente afectarlos en sus acciones o en las consecuencias de las mismas. Se puede hablar también de la acumulación social de las estructuras, de la objetivación de estructuras y del papel de las prácticas en la soldadura de estructuras (De la Garza, 1992)

Pero a las estructuras se les puede ver en forma sistémica o como configuraciones (Shedrovitsky, 1972), es decir con los atributos mencionados para las configuraciones subjetivas: relaciones duras y laxas, con contradicciones, discontinuidades, disfuncionalidades e incertidumbres junto a partes sistémicas, en actualización permanente en función de prácticas, sin reducir las estructuras a estas. Además es posible definir estructuras para ámbitos diversos de lo social: económicas, políticas, culturales, de género, rurales, urbanas, étnicas, generacionales, de clase, emotivas, estéticas, cognitivas, de formas de razonamiento, etc. Y más que preguntarse por la estructura general de la sociedad, habría que preguntar por las estructuras pertinentes para el problema o sujeto concreto.

Recapitulación

La inclusión de la subjetividad en las consideraciones de orden teórico social actualmente sigue la línea de la Postmodernidad, que en su versión radical es francamente agnóstica, aunque en su versión moderada toma la forma de constructivismo (Betti, 1988). El constructivismo toma diversas formas, la más antigua es la que considera a diferencia del positivismo lógico las dimensiones sociohistóricas del conocimiento científico, está presente en Marx en tanto influencia del interés de clase en las Teorías, en Manheim como sociología del conocimiento, en Khun que cuestiona la racionalidad automática en las refutaciones empíricas para cambiar de paradigmas y hace intervenir los intereses de las comunidades científicas para sostenerlos a pesar de las verificaciones negativas, en Foucault (1977) con sus análisis de la relación discurso y poder, en Wittgenstein con su teoría de los juegos lingüísticos. Es decir, defender la influencia social en el conocimiento científico no necesariamente ha conducido al agnosticismo (Maturana, 1995). Sin embargo, hay otro constructivismo social y epistemológico que conduce al relativismo. El social es aquel que reduce la realidad social a las interacciones inmediatas, en particular con su componente simbólico y este reducido al discursivo, de tal forma que no solo el hombre construye su realidad sino que la realidad se reduce al sentido que esos hombres dan a sus interacciones (Denté, 1991). Esos sentidos pueden ser sociales, pero al ser relativos al contexto temporal, espacial, de grupo social, es difícil pensar en criterios de validación diferentes del consenso entre los actores. Es decir, la objetividad se da por consenso, si los

consensos cambian por historia, cultura, espacio o clase así cambiará la verdad. En otras palabras, el constructivismo social radical y el epistemológico convergen en el mismo punto, los conceptos no están determinados por los objetos, sino son resultados de intersubjetividades y no hay validación objetiva de la Teoría, la acción se reduce a la intertextualidad (Diez y Moullines, 1999). El camino del relativismo constructivista lógicamente se sigue con el viraje que ha dado la Hermenéutica actual en su main stream (Gadamer, 1993; Ricour, 1998) de negar la posibilidad de una epistemología y un método Hermenéutico.

Dilthey pensó que la realidad era dualística, la social y la natural, que en la natural privaban las explicaciones vía verificación empírica, que sería desarrollada ampliamente posteriormente con el Neopositivismo (Cohen y Ángel, 1992); en las ciencias del espíritu, por ser su problema principal los motivos interno y no observables de la acción se trataría de un método de atribución o comprensión del sentido (Weber, 1922). Pero, la definición del problema central de las ciencias sociales era al menos incompleto, la comprensión de los motivos no es suficiente para entender el fenómeno social, porque este puede estar constreñido por estructuras objetivadas, porque no se da solo en el mundo sino en interacción con otros, porque las formas de significar implican objetivaciones en la cultura, en otras palabras porque la comprensión del sentido o de los motivos de la acción solo puede ser una parte de la solución del problema de cómo explicarla (Aronowitz, 1992). Entendiendo, como veremos más adelante, que es necesario un concepto de explicación que no se reduzca a la prueba de hipótesis a partir de datos empíricos, pero que tampoco se reduzca a la comprensión del significado (De la Garza, 1984).

Husserl, pero mas claramente Hiddeger iniciaron una vía rica pero de callejón sin salida para la Hermenéutica que es la que ahora predomina con Gadamer y Ricour, entre otros. De Husserl permanece la consideración de que el fenómeno es tal cual aparece en la conciencia (la realidad es lo que aparece, no hay ser solo sentidos del ser) y que el objeto es tal aparece al sujeto (la reducción del objeto al sujeto), del ser en sí al ser para mí, que sienta las bases del constructivismo subjetivista. Hiddeger completó al considerar que la Hermenéutica no es un método sino una forma de ser en el mundo. Dice Ricour que comprender no es conocer sino ser, no puede haber verdad hermenéutica porque en la interpretación opera la distanciaci3n del texto y de su contexto que origina infinitas lecturas y por lo tanto no hay

posibilidad de validación de las interpretaciones (Ricour, 1998). Cuando se hace una nueva interpretación no se recupera el sentido original sino se actualiza para una nueva situación y lector del sentido, porque hay un autonomía del texto y un mundo del texto independiente de su génesis. Además, señalará Gadamer, no puede haber objetividad metódica o lógica porque el intérprete forma parte del mundo de vida del interpretado (la doble hermenéutica) y no es posible ponerlo entre paréntesis.

En cuanto a la relación entre comprensión de significados y validación de los mismos puede haber tres posiciones. La primera es del idealismo Hermenéutico que reduce la realidad a la autoconciencia; la segunda es la estructuración a la Giddens, a la que nos hemos referido más atrás; la tercera es la que reivindica la posibilidad de la objetivación de los significados en la cultura. De tal forma que la estructura social surge de la actividad humana pero una vez creada aparece como algo ajeno que no determina pero sí constriñe, presiona, canaliza, es decir, que la acción implica estructuras preexistentes que imponen límites a la acción viable, estas estructuras se actualizan en las prácticas, se modifican en función de las mismas y acotan los espacios de posibilidades para la acción (Zemelman, 1992). En la medida en que es posible hablar de estructuras de diversos niveles y espacios de acción también se pueden reconocer dinamismos diferenciados y no sincrónicos entre estos. Habermas reconoce esta objetivación en la cultura y el lenguaje pero para este la solución al problema de la objetividad frente a la multiculturalidad y su dinamismo es la reconstrucción del consenso como criterio de verdad, camino muy socorrido por aquellos que actualmente recuperando a la Hermenéutica tratan de salvarla del solipsismo (Alexander, 1995; Appel, 1991).

Conviene provisionalmente separar el problema de la Hermenéutica como ser en el mundo, del epistemológico de la comprensión del significado. Un aporte de esta perspectiva ha sido la reivindicación de la subjetividad como proceso de dar sentido por parte de los sujetos sociales, que abre la posibilidad de que entre estructuras objetivadas y acción la subjetividad aparezca como mediación necesaria. De tal forma que en lugar del dualismo a la Dilthey entre dos tipos de ciencia con naturalezas de objeto inconmensurables, o la renuncia al conocer sobre el sujeto, pudiera plantearse que comprender sentidos y causas no son incompatibles, que explicar la acción humana necesita de los dos niveles, de las causas ubicables en tendencias de las estructuras objetivas y

sentidos que permiten a los sujetos tomar decisiones dentro de espacios de posibilidades que no escogieron pero que pueden también modificar a partir de sus acciones, porque estructuras y sujetos interaccionan, se autoreproducen, se actualizan y cambian. Ese ser hermenéutico en el mundo de la intersubjetividad y constreñido por estructuras de diversos órdenes en la construcción de sus decisiones no se basa únicamente en la autorreflexión, analiza signos, que son empíricamente observables, los traduce significativamente en relación con los demás y con su mundo, monitorea los resultados, rectifica de acuerdo con estos. Es decir, el proceso de comprensión que no es solitario sino intersubjetivo requiere de verificaciones empíricas parciales, aunque estas siempre esté mediadas por los códigos de la cultura y por las formas de razonamiento formal y cotidiano. Bajo el supuesto de que es posible conocer los significados que en parte llevaron a los hombres a ciertas formas de acción se han desarrollado las ciencias interpretativas pasadas y sobre todo las actuales (Desan, 2001). Sí estas hubieran partido del supuesto Hermenéutico dominante de imposibilidad de una metodología de la comprensión del sentido nunca hubieran desarrollado los penetrantes análisis de las representaciones sociales, de las mentalidades, de las estructuras históricas de significación, de las culturas interpretativas. Dice Toulmin (2001) que lógica y retórica son complementarias, para Otto Apel (1991) no habría una sola verificación crucial porque hay mediaciones entre los conceptos y los sujetos que se investigan, pero las verificaciones no son simple subjetividad sino que son intersubjetivas y objetivas, es decir, habría un papel para la verificación en la Hermenéutica. Por supuesto que la propuesta de dar un papel a la verificación en la comprensión del sentido supone que hay mundos más allá de mi conciencia resultado de la objetivación y de la naturaleza (De la Garza, 1998).

El problema epistemológico de la Hermenéutica resumido en la multiculturalidad (distanciamiento entre culturas), la influencia del contexto (no hay criterios universales de interpretación) que ha conducido a la corriente dominante al agnosticismo, en parte se vuelve un problema sin solución porque el concepto de ciencia sigue anclado en aquel que sistematizó el positivismo lógico, pero hay otros concepto históricos de ciencia que reconocen el componente social del conocimiento científico sin caer en el extremismo solipsista (Giddens, 1987). La piedra de toque positivista ha sido la distinción entre ciencia y metafísica a través de la verificación empírica, base de la explicación científica que

supone teoría y método para la realización de las verificaciones. Dato y experiencia en esta perspectiva van de la mano, experiencia es observación a través de los sentidos o instrumentos, diferente de los conceptos que hemos utilizado de acción, interacción, práctica y praxis. Las respuestas positivistas a la idea de que los datos empíricos no están dados sino siempre mediados resultaron insatisfactorias: reducción de los conceptos de la ciencia a enunciados elementales directamente observables, el fisicalismo, considerarlos como un supuesto. Como dice Luhmann (1984), hay múltiples formas de observar a la sociedad, aunque estas formas están limitadas semánticamente estructural e históricamente. Porque sobre los datos hay una doble mediación, la que proviene de los conceptos de la teoría, según estos será el recorte de realidad denominado dato empírico, el otro para las ciencias sociales que principalmente utilizan datos de otros sujetos es el de la mediación cultural, de grupo social, temporal y espacial del que responde o es observado en sus comportamientos. El problema se complica cuando se trata de entender los significados relacionados con la acción, este está embebida de significados y sus signos pueden ser observados, en otro nivel están los significados en la conciencia colectiva que también pueden ser interpretados a partir de manifestaciones externas (Olivé y Pérez, 1989). Plantear que ese mundo social interno no puede ser observado es decir una obviedad que no ha evitado que ciencias diversas traten de penetrarlo a través de manifestaciones externas como en el caso de psicoanálisis. También habría que considerar que la explicación de la acción social no puede remitir simplemente a motivos, ni tampoco a puras estructuras que determinan, sino que el problema es como se articulan estructuras con procesos de dar sentido y acciones sociales en determinada coyuntura. Como estas articulaciones son dinámicas y con relaciones dialécticas histórica y espacialmente acotadas, en donde el resultado de acción depende de estructuras pero también de los sujetos, de sus significaciones y decisiones y estas no obedecen a leyes universales, como no son universales los contextos ni las culturas, pero tampoco los niveles estructurales objetivados y pertinentes para el problema (Morin, 1994). En esta medida, el camino metodológico no podría tener pretensiones de universalidad, sino de verdad local, históricamente determinada, y como la fluidez de esa realidad en parte objetiva en parte subjetiva que se reestructura, se actualiza y a la vez cambia permanentemente, no cabría el camino de la prueba de las hipótesis sino el de la reconstrucción de las condiciones concretas que

hicieron posible ciertas formas de acción en la coyuntura (Putnam, 1962). Utilizamos estrategia reconstructiva para diferenciarla del constructivismo, en especial de aquel que reduce la realidad social a la interacción inmediata y del que se dirige hacia el agnosticismo. Reconstruir en el pensamiento en esta perspectiva es considerar lo objetivado junto a la subjetividad de los sujetos, la inclusión de lo general y de lo específico al fenómeno, no es pura reconstrucción de las condiciones de la intersubjetividad sino de la relación de esta con aquellas estructuras objetivas, incluyendo en estas las de significaciones sociales. Una metodología de la reconstrucción implica también un uso no deductivo de la teoría, a diferencia del positivismo, diferente también del empirismo, un uso reconstructivo de la teoría abre la posibilidad de la desarticulación de conceptos (posibilitada por el paso de una concepción Standard de teoría como sistema hipotético deductivo a otro de configuraciones con relaciones duras y laxas entre las proposiciones y entre los conceptos en una proposición) (Sneed, 1976) y rearticulación en función de los signos empíricos, de teorías acumuladas y de la comprensión de los significados en los sujetos. En esta perspectiva, la relación con los datos empíricos en última instancia sería la de los signos con los significados, siempre mediada por el contexto pero sujeto a la prueba de la práctica, no de la verificación, sino de la práctica como relación total del hombre con su mundo. De esta forma, se transforma el concepto de explicación, ya no es la subsunción de un fenómeno en una hipótesis proveniente de una teoría a través de la verificación empírica, sino es la reconstrucción de la totalidad concreta de imbricación del sujeto con su entorno, donde Totalidad no es el todo sino lo pertinente para la explicación de sus acciones. Pero las acciones no están determinadas, a lo sumo es posible definir un espacio de posibilidades para la acción viable de los sujetos en la coyuntura, en donde dependiendo de sus significaciones opera la construcción de la decisión, que también es posible de definir en sus potencialidades presentes o reproducir a posteriori. En otras palabras, se transforma el concepto de predicción, caro al positivismo y a las ciencias naturales por el de espacio de lo posible en la coyuntura, el futuro está relativamente abierto y la resultante incluye las significaciones del sujeto, que son sus propia construcciones, no como simple autorreflexión, sino en un contexto dado-dándose y en interacción comunicativa con otros.

Es decir, el camino de la reconstrucción de las relaciones entre lo objetivo y los subjetivo no es el de la prueba de la hipótesis, porque no hay dato puro, siempre está mediado,

mediado como decíamos porque la relación entre hipótesis teóricas e indicadores empíricos tampoco es de simple deducción, sino de cambio de nivel de abstracción que implica la inclusión de mas determinantes en el indicador que las contenidas en el concepto teórico (Sjoberg, 1968). Además de las consideraciones que hemos establecido sobre el dato empírico mediado desde la teoría y desde la intersubjetividad de los sujetos a estudiar.

Una ciencia reconstructiva solo puede plantearse como aproximación, con criterios de veracidad mediados por el contexto y por la propia situación del investigador, que no equivale al simple relativismo, de cualquier manera aparecen como criterios de veracidad la propia reconstrucción en el pensamiento y finalmente las prácticas de los sujetos considerados. Esta reconstrucción implica al dato empírico, pero lejos de considerarlo como crucial o definitivo, es parte del proceso reconstructivo en parte teórico en parte empírico, que no termina en el momento de alguna verificación, por otro lado siempre parcial, sino con la reconstrucción o bien con la práctica de los sujetos. Lejos de las leyes universales, de la pretensión de correspondencia puntual de cada concepto con la realidad, del camino de la prueba de las hipótesis, de la concepción de dato neutral o simplemente dado, pero también alejado del idealismo de considerar a la realidad como simple autorreflexión. Mi relación con el mundo está siempre mediada por la subjetividad, pero la subjetividad no es el componente principal sino la práctica y en esta medida, las verificaciones que siempre tienen componente subjetivo no son pura subjetividad. Así, no hay verificaciones definitivas, pero tampoco son absolutamente inconmensurables entre paradigmas, porque estos no son sistemas cerrados semánticamente, sino que aceptan filtraciones hasta del lenguaje común, a veces es posible compartir conceptos o proposiciones, además de que la relación entre concepto teórico y dato también está mediada y los indicadores y datos a veces compartirse (Suples, 1967, 1989).

Dice Margarte Archer que la ciencia requiere de una ontología. El positivismo creyó que podía prescindir de esta, pero contenía supuestos de este orden sin los cuales no hubiera podido justificar sus propuestas más acabadas: realidad sujeta a leyes universales, no dependencia del sujeto ni de la subjetividad, privilegio de la experiencia entendida como la observación sobre la praxis, realidad homogénea en un solo nivel de realidad (Stegmuller, 1976). A esta concepción se puede oponer otra que vea a la realidad como articulación entre objetivación y subjetivación, que conciba diversos niveles de objetivación y de

subjetivación. En especial, como planteó Marx en las Tesis sobre Feuerbach, que no vuelva al error del viejo materialismo de concebir a las cosas solo como objeto de contemplación sino como praxis o como señalara Adorno en su crítica al positivismo (Rusconi, 1969), que el problema central no es la correspondencia entre pensamiento y realidad sino como A se puede convertir en B.

Conclusiones

1. La Gran transformación de los paradigmas teóricos y epistemológicos en ciencias sociales ha llevado a un auge inusitado de las perspectivas constructivistas, Postmodernas o Hermenéuticas. Estas se han nutrido de la decadencia del positivismo, del estructuralismo y del marxismo y entrado en oposición con teoría de sistemas y de elección racional.
2. Así, se ha desarrollado sobre todo en el plano filosófico con influencia en las teorías sociales, la Hermenéutica que partiendo de Husserl y Heidegger niega la posibilidad de una epistemología de la comprensión. Este predominio en el nivel más abstracto de la reflexión solo parcialmente se compagina con las nuevas ciencias interpretativas en la sociología, la antropología, la Historia, la psicología, el análisis del Discurso, todavía empeñadas en construir conocimiento científico que incluya a la subjetividad como proceso social de construcción de sentido. Aunque muchas de estas ciencias han quedado ancladas en el constructivismo que reduce el nivel del análisis a las interacciones inmediatas de los actores o bien caen en un nuevo estructuralismo de corte simbólico.
3. Hay otras perspectivas que han tratado de recuperar las relaciones entre estructuras, subjetividades y acciones sociales con suertes diversas. En esta línea se plantean como problemas: la no reducción de las estructuras a las interacciones inmediatas, ni a las reglas, ni a las redes sociales, a través de su objetivación y reificación; la no reducción de la subjetividad a lo mental, tampoco a lo individual, ni al discurso; la no reducción de la interacción social a lo simbólico; la no reducción de la conciencia al discurso; la no reducción del significado a la interacción, a su combinación con el análisis de la conciencia social (Gurtvitsch, 1979); la no

reducción de la práctica a lo que los positivistas llamaron la experiencia, como observación empírica contemplativa; la diferenciación entre prácticas reproductivas de praxis, sin reducir las primeras al automatismo de las reglas o de las instituciones (Di Maggio, Powel y Walters, 1991).

4. Un camino analítico de ver a los sujetos como constructores efectivos no solo de sus significaciones sino de su realidad es diferenciar cultura, como códigos acumulados, de subjetividad como el proceso social para dar significado a la situación concreta. Esta consideración tampoco puede ignorar las nociones de acotamiento estructural incluyendo el de las culturas. En esta medida, el sujeto social “trabaja” creando configuraciones subjetivas de campos como los cognitivos, valorativos, sentimentales o estéticos y forma redes de significación a través de formas de razonamiento formal y cotidianos (Moscovici, 1984).
5. Estructuras, Teorías o Significaciones no forman sistemas sino configuraciones, no son homogéneas, tienen relaciones duras y blandas entre sus términos, aceptan la contradicción, la disfuncionalidad y la discontinuidad junto a regiones sistémicas.
6. Entre estructuras, subjetividades y acciones sociales no hay determinaciones sino articulaciones diversas dependiendo de la coyuntura y el nivel de realidad a analizar. Están en relación dialéctica y el resultado de un proceso social depende también de las decisiones a través de significaciones que hayan adoptado los sujetos. Estas decisiones y subjetivaciones no están determinadas por las estructuras pero tampoco son totalmente contingentes sino que se mueven en un espacio de posibles configuraciones para dar significado en una situación concreta.
7. La reconstrucción de las relaciones entre estructuras, subjetividades y acciones, y en particular de las configuraciones subjetivas concretas no pueden ser deducidas de una teoría general, porque la realidad en parte objetivada y en parte subjetivada se reconstruye permanentemente, no está sujeta a leyes universales, a lo sumo a tendencias entendibles como espacios de lo posible para la acción social. En esta medida se impone un uso no deductivo de la Teoría y un camino en la investigación que no se reduzca a la prueba de las hipótesis sino la reconstrucción de la Totalidad concreta, entendido por esta no el Todo –infinito por definición – sino las estructuras y subjetividades pertinentes para la situación concreta.

8. Lo anterior conduce a la superación del antagonismo entre Verificación y Hermenéutica, alejándose de los extremismos de los dos tipos. La interpretación necesita signos constataivos, que tampoco son los datos duros del positivismo, puesto que todo dato está contextualmente mediado, pero tampoco es resultado de la pura autorreflexión. Es decir, la posibilidad de la objetividad en la interpretación no puede transcurrir por el simple consenso entre intérpretes, puede proceder incluso sin consenso, sino que proviene de la reconstrucción de las condiciones objetivadas y subjetivadas y de los resultados prácticos. Así, el concepto de práctica trasciende al de experiencia, incorpora a sujetos activos no simplemente contemplativos. Tampoco la práctica es simple interacción comunicativa (Habermas, 1999), práctica es articulación de los sujetos entre sí y con su entorno, entre estructuras y subjetividades, entre lo objetivado y lo subjetivo, en esta medida no acepta indicadores simples o bien la relación entre la reconstrucción del proceso en el pensamiento y la prácticas de los sujetos es compleja.
9. Finalmente, las consideraciones anteriores no conducen a la liquidación de la ciencia sino a su transformación en un concepto que no acepta la demarcación tajante con el pensamiento cotidiano, aunque tampoco lo vuelve simple juego lingüístico, que reconoce los componentes sociales de todo conocimiento pero no lo convierte en pura autoconciencia, que no sigue el camino de la prueba de las hipótesis, no cree que pueda haber leyes universales, pero tampoco plantea que el conocimiento es puramente contingente. Que reconoce que la realidad tiene una cara objetivada y otra subjetiva y que las reconstrucciones de la ciencia tienen que dar cuenta de ambas así como del dinamismo de esa articulación que se resiste a encuadrarse en Modelos teóricos universales.
Las ciencias sociales del siglo XXI es posible que se dirijan en el futuro sobre todo a profundizar en las relaciones entre estructuras, subjetividades y acciones, especialmente hacia el extenso, complejo y heterogéneo campo de la subjetividad, entendida como proceso social de dar sentidos.

Bibliografía

- Adorno, T. (2001) *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Ed Trotta.
- Alexander, J, Giesen, B, Munch, R y N. Smelser (comp.) (1987) *El Vínculo Micro Macro*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Alexander, J. (1988) “El Nuevo Movimiento Teórico”, *Estudios Sociológicos*, VI, 17, El Colegio de México.
- Alexander, J. (1989) *Las Teorías Sociológicas después de la segunda Guerra Mundial*. Barcelona: Gedisa.
- Alexander, J. (1995) *Fin de Siecle*. London:Verso.
- Apel, Karl-Otto (1991) *Teoría de la verdad y Etica del Discurso*. Barcelona: Paidós.
- Archer, M. (1997) *Cultura y Teoría Social*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Archer, M. (2000) “The Primacy of Practice” en *Being Human*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Archer. M. (2000) *Being Human: the problem of Agency*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Arenas, A. et. Al. (1996) *El Desafío del Relativismo*. Madrid: Trotta.
- Aronowitz, S. (1992) *The Politics of Identity*. N.Y.:Routledge.
- Barthres, R. (1985) *Introducción al Análisis Estructural del Relato*. Puebla: La Red de Jonás.
- Baskar, Roy (1998) “Philosophy and Critical Realism”, en Archer, M, et.al. *Critical Realism*. London: Routledge
- Bates, Robert (1994) “Social Dilemmas and Rational Individuals” en J.M. Acheson (ed.), *Anthropology and Institutional Economics* . Lanham, Md.: University Press of America.
- Becker, Gary (1976) *The Economic Approach to Human Behavior*. Chicago: University of Chicago Press.
- Beckert, Jens (1996) “What is Sociological About Economic Sociology” *Uncertainty and the Embeddednes of Economic Action*”. *Theory and Society*, 25, pp. 803-840.
- Benjamin, W. (2003) *Iluminaciones*: Madrid: Taurus.
- Berger, Peter y Luckmann Thomas (1966) *The Social Construction of Reality*. N.Y.: Ankor Books.

Betti, Emilio (1988) "The Epistemological Problem of Understanding" en Gary Shapiro (ed.) Hermeneutics. USA. The University of Massachusetts Press.

Bourdieu, P (1984) Distinction. London: Routledge.

Bourdieu, P. (1987) A Economia das Trocas Simbólicas. Sao Paulo:Perspectiva.

Buck-Morse, Susan (1981) Orígenes de la Dialéctica Negativa. México, D.F.: Siglo XXI,

Rusconi, G.E. (1969) Teoría Crítica de la Sociedad. Barcelona: Ed. Martínez Roca.

Certeau, Michel de (1988) "Making History" en The Writing of History. N.Y.: Columbia University Press.

Chalmers, David (1999) "Dos Conceptos de la Mente" y "La Coherencia entre la Conciencia y la Cognición" en La Mente Conciente. Barcelona: Gedisa.

Chartier, Roger (1999) "Historia Intelectual e Historia de las Mentalidades" en El Mundo como Representación. Barcelona: Gedisa.

Cicourel, A. (1996) Cognitive Sociology. N.Y.: The Free Press.

Cohen, I. (1996) Teoría de la Estructuración. México: McGraw Hill.

Cohen, M.R. y E. Nagel (1962) An Introduction to Logic. N.Y.: A Harbinger Book.

Coleman, James y Fararao Thomas (eds.) (1992) Rational Choise Theory. London: SAGE.

Cuche, D. (1996) La Noción de Cultura en las Ciencias Sociales. Buenos Aires: Nueva Visión.

De la Garza, E. (1989) "Historia de la Epistemología, la metodología y las técnicas de investigación en la sociología mexicana", Revista Mexicana de Sociología, LI, N. 1, enero-marzo, pp. 5-103.

De la Garza, E. (1984) El Método del Concreto Abstracto Concreto. México: UAMI

De la Garza, E. (1992) Crisis y Sujetos Sociales en México. México: Miguel A. Porrúa.

De la Garza, E. (1994) "Las Teorías de la Elección Racional y el Marxismo Analítico", Estudios Sociológicos, El Colegio de México.

De la Garza, Enrique (1998) "El Concepto de Economía y su Transformación" en E. de la Garza (ed.) Ciencia Económica: transformación de conceptos. México, D.F.: Siglo XXI. pp. 3-32.

De la Garza, Enrique (2001) "La Epistemología Crítica y el Concepto de Configuración". Revista Mexicana de Sociología . México, D.F.. LXIII, 1, enero-marzo, pp. 109-27.

De la Garza, Enrique (2001b) "Subjetividad, Cultura y Estructura". Iztapalapa (México, D.F.) 21, 50, enero-junio, pp. 83-104.

Delgado, J. (coord.) (1995) Métodos y Técnicas de Investigación en Ciencias Sociales. Madrid: Ed. Síntesis.

Della Giusta, Marina (2001) "Redes Sociales y la Creación de Capital Social". Trabajo (México, D.F.) Año 2, No. 4, pp. 35-66.

Denett, Daniel (1991) "Los Verdaderos Creyentes" y "Tres Clases de Psicología Intencional", en La Actitud Intencional. Barcelona: Gedisa.

Dennet, D. (1991) La Actitud Intencional. Barcelona: Gedisa.

Denzin, N. (1970) A Theoretical Introduction to Sociological Methods. Chicago: Aldine Publishing Co.

Desan, Suzanne (2001) "Massas, Comunidade e Ritual na Obra de E.P. Thompson e Natalie Davies", en Lynn Hunt A Nova Historia Cultural. Sao Paulo: Martins Fontes.

Di Maggio, Paul, Powel J. y Walter W (1991) The New Institutionalism in Organizational Analysis. Chicago: The University of Chicago Press.

Díez, J. y U. Moulines (1999) Fundamentos de Filosofía de la Ciencia. Barcelona: Ariel.

Dubet, F. (1989) "De la Sociología de la Identidad a la Sociología del Sujeto", Estudios Sociológicos, VII, 21, sept-dic.

Elster, Jon (1989) The Cement of Society. Cambridge: Cambridge University Press

Foucault, M. (1968) Las Palabras y las Cosas. México, D.F.: Siglo XXI.

Foucault, M. (1976) Vigilar y Castigar. México: Siglo XXI.

Foucault, M. (1977) Historia de la Sexualidad. México: Siglo XXI

Lucaks, G. (1969) "Que es Marxismo Ortodoxo", en Historia y Conciencia de Clase. México, D.F.: Grijalbo.

Gadamer, H. (1993) Philosophical Hermeneutics. Berkeley: Universidad de California Press.

Garfinkel, A. (1967) Studies in Ethnomethodology. N.Y.: Prentice Hall.

Geertz, C. y J. Clifford (1991) *El Surgimiento de la Antropología Postmoderna*. Barcelona: Gedisa.

Geertz, Clifort (1987) *La Interpretación de las Culturas*. Barcelona: Gedisa.

Giddens, A. (1987) *Las Nuevas Reglas del Método Sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.

Giddens, A. (1984) *The Constitution of Society* . Berkeley: University of California Press.

Goff, T. (1980) *Marx and Mead*. London: Routledge.

Goffman, E. (1981) *La Presentación de la Persona en la Vida Cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.

Goldman, L. (1975) *Las Nociones de Estructura y Génesis*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Gramsci, A. (1977) *Literatura y Vida Nacional*. México, D.F.: Juan Pablos.

Gramsci, Antonio (1975) *El Materialismo Histórico y la Filosofía de B. Croce* . México, D.F.: Ed Juan Pablos, pp. 11-66

Gramsci, Antonio (1975) *Notas sobre Maquiavelo, la Política y el Estado Moderno* . México, D.F.: Ed. Juan Pablos, pp. 89-112

Granovetter, Mark (1985) “Economic Action and Social Structure: a theory of embeddedness”. *American Journal of Sociology* (N.Y.), 91, pp. 481-510.

Granovetter, Mark (1992) “ Economic Institutions and Social Constructions: a framework for analysis”. *Acta Sociologica*, 35, pp. 3-11

Granovetter, Mark y Swedberg Richard (2001) *The Sociology of Economic Life*. London: Sage.

Gurtvitsch, A. (1979) *El Campo de la Conciencia*. Madrid: Alianza Universidad

Habermas, J (1999) *Teoría de la Acción Comunicativa*. Madrid: Taurus.

Habermas, J (1997) “On Hermeneutics Claims´ to Universality”, en Kart Mueller-Vollmer (ed.) *The Hermeneutics Reader*. N.Y.: Continuum.

Habermas, J. (1979) *Communication and Evolution of Society*. London: Heineman.

Habermas, J. (1980) *Teoría y Praxis*. Buenos Aires: Amorrortu

Habermas, J. (1981) *La Reconstrucción del Materialismo Histórico*. Madrid: Taurus.

Habermas, J. (1985) *Conciencia Moral y Acción Comunicativa*. Barcelona: Península.

Hamel, R. (1986) *Análisis Conversacional*. México: CIESAS

Heckarthorn, George (1997) "The Emergence of Norms, Strategic Moves, and the Limits of Methodological Individualism". Ponencia presentada en el Workshop on the Emergence of Norms . N.Y.: Russell Sage Foundation.

Héller, Agnes (1987) *Sociología de la Vida Cotidiana*. Barcelona: Península.

Husserl, E. (1984) *Crisis de las Ciencias Europeas y la Fenomenología Transcendental*. México: Folios.

Kenneth, G. (1996) "La Construcción Social: emergencia y potencial" en Marcelo Pakman (comp.) *Construcciones de la Experiencia Humana*. Barcelona: Gedisa.

Lucaites, J.L., C. Condit y S. Caudill (1999) *Contemporray Rhetorical Theory*. N.Y : The Gilford Press.

Lhumann, N. (1984) *Sistemas Sociales*. México: Alianza.

Lhumann, N. (1996) *Introducción a la Teoría de Sistemas*. México, D.F.: Anthropos.

Luhman, N. (1994) *Sistemas Sociales*. México: Alianza Editorial.

Luhmann, N. (1993) *Teoría de la Sociedad*. Guadalajara: UdeG.

Lukacs, G. (1980) *Estética*, T. I.. México: Grijalbo.

Lyotard, (1989) *La Fenomenología*. Buenos Aires: Paidos

Marshall, Alfred (1981) *Principles of Economics*. London: MacMillan.

Maturana, H. (1995) *La Realidad ¿Objetiva o Construida ?*. Madrid : Anthropos.

Moles, A. (1995) *Las Ciencias de lo Impreciso*. México: Miguel A. Porrúa.

Morin, Edgar (1994) "La Noción de Sujeto" y W. Barnett Pearce "Nuevos Modelos y Metáforas Comunicacionales", en Ilya Prigogine *Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós

Moscovici, S. (1984) *Psicología Social*. Buenos Aires: Paidos

Moullines, C.U. (1986) en *Estructura y Desarrollo de las Teorías Científicas*. México : UNAM.

Nagel, E. (1984) “Assumptions in Economic Theory”, en Cadwell, B. *Appraisal and Criticism in Economics*. Boston: Allen &Unwin.

Olivé, L. y A.R. Pérez (1989) *Filosofía de la Ciencia: teoría y observación*. México: Siglo XXI.

Parsons, Talcott (1937) *The Structure of Social Action*. .NY: McGraw Hill.

Perelman, Ch y L Olbretchs (1989) *Tratado de la Argumentación*. Madrid:Gredos.

Piaget, J. (1968) *El Estructuralismo*. Buenos Aires: Proteo.

Polyani, Paul (1944) *The Great Transformation*. Mss: Beacon Press.

Potter, J. (1996) *La Representación de la Realidad*. Barcelona: Paidós.

Pulakos, John (1999) “Toward a Sophistic Definition of Rhetoric” en J.L. Lucaites (ed.) *Contemporary Rhetorical Theory*. N.Y.: The Guilford Press.

Putnam, H. (1962) “What Theories are Not”, en *Methodology and Philosophy of Science*. Stanford : Stanford University Press.

Resche, N. (1997) *Objectivity*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.

Ricoeur, P. (1981) *Heremeneutic and The Human Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.

Ricoeur, Paul (1998) “The Hermeneutic Function of Distanciation” en *Hermenutics and the Human Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.

Ritzer, G. (1992) *Teoría Sociológica Contemporánea*. México: McGraw Hill.

Rorty, Richard (1992) “Metaphilosophical Difficulties of Linguistic Philosophy” en *The Linguistic Turn*. Chicago: The University of Chicago Press.

Rose, G. (1984) *Dialéctica del Nihilismo*: México: Fondo de Cultura Económica.

Seidman, S. y J. Alexander (2001) *The New Social Theory Reader*. London: Routledge.

Sasy, I. y S. Lerner (1992) *Para Comprender la Subjetividad*. México: El Colegio de México.

Saussure, F. de. (1985) *Curso de Lingüística General*. México: Planeta.

Schutz, A. (1966) *Fenomenología del Mundo Social*. Buenos Aires: Paidós.

- Shafft, A. (1974) Estructuralismo y Marxismo. México: Grijalbo.
- Shapiro, G. y A. Sica (1984) Hermeneutics. Boston: The University of Massachusets Press.
- Shedrovitsky (1972) “Configurations as a Method of Structuring Complex Knowledge”, Systematics,
- Simon, Herbert (1957) Administrative Behavior . N.Y.: Macmillan.
- Sjoberg, G. (1968) Methodology for Social Research. N.Y.: Harper&Row Publishing.
- Sneed, J. (1976) Philosophical Problems in the Empirical Science of Science”, Erkenntnis, 10.
- Stegmuller, W. (1976) The Structure and Dynamics of Theories. N.Y. : Springer-Verlag.
- Suppes, F. (1989) The Semantic Conception of Theories and Scientific Realism. Urbano and Chicago : University of Illinois Press.
- Suppes, P. (1967) “ What is Scientific Theory ?” en S. Morgenbesser Philosophy of Science Today. N.Y. : Basic Books Inc.
- Thompson, E.P. (1972) La Formación de la Clase Obrera en Inglaterra. Barcelona: ed. Laia
- Toulmin, S. (2001) Return to Reason. Cambridge: Harvard University Press.
- Turner, Stephen (1992) “Social Theory After Cognitive Science” en Brains, Practices, Relativism. Chicago: The University of Chicago Press.
- Van Dijk, Teun (1997) “El Estudio del Discurso” en El Discurso como Estructura y Proceso. Barcelona: Gedisa.
- Viet, J. (1968) Problemas del Estructuralismo. México: Siglo XXI.
- Vovelle, M. (1987) Ideologías e Mentalidades. Sao Paulo: Editora Brasiliense.
- Weber, Max (1922) Economy and Society . N.Y.: Bedminster Press.
- Williams, Raymond (1994) “Hacia una Sociología de la Cultura” en Sociología de la Cultura. Barcelona: Paidós.
- Wuthnow, R. (1984) “An Emerging Framework” en Cultural Analysis. London: Routledge.
- Zemelman, H. (1992) Los Horizontes de la Razón . Madrid: Anthropos.